

Descripción y estudio del crecimiento de la planta, con base en la teoría de la metamorfosis, según Goethe*

(Pasajes seleccionados – Parte 1 de 3)

.....

La planta en medio de los cuatro elementos (fuego, tierra, agua y aire)

El grano de semilla es una hechura seca, inconspicua, no sugestiva, pero palpable. Depositada en la oscura y húmeda tierra, muchas cosas le suceden, pero todo con sujeción a las reglas de sobrio rigor. Por absorción de agua, el grano se ablanda y se hincha; luego, una pálida radícula rompe el blastoderma que se hunde verticalmente en la tierra y, ramificándose pronto, empieza a anclarse entre las partículas apelmazadas del suelo. Así extendido en todas direcciones, entretejiendo, desde sus puntas, el suelo con delicadísimas capilares, empieza inmediatamente a recoger sales, minerales y agua.

En medio de esta esfera de tupida humedad, casi a flor de tierra, emerge la delicada planta germinal. Tímida e inclinada en un principio, pronto se yergue altanera y ampliamente extiende sus hojitas a la luz.

Pronto sigue alcanzando la planta niveles más elevados en medio de los cambiantes de luz y aire, y entran en acción nuevas energías que empiezan a modelar algo muy sublime: su suprema tarea, la de ayudar a la formación y despliegue de la flor; lo más misterioso es lo que tiene lugar en su seno. Es algo de lo más íntimo de cuanto suceda en la planta; sumamente delicado, y grandioso a la vez. ¡Cuántos fenómenos han de tener lugar para otorgar a ese granito arrugado todas las posibilidades de germinación y crecimiento! Por pequeños que sean estos órganos de la flor, sin embargo, forman el centro de procesos ígneos que actúan con gran fuerza. Hay muchos síntomas que confirman que efectivamente se trata de procesos térmicos, pues para la rápida maduración del fruto y de la semilla se necesita mucho calor. El polen es una sustancia bastante “seca”, pero contiene generalmente aceite, y es inflamable. A veces, parece que la semilla ha sufrido un ligero proceso de combustión.

Así pues, en el crecimiento de una sola planta, ya vemos unidos todos los elementos, para intervenir sucesivamente: como semilla, la planta se parece a la *tierra* y, al germinar, la busca primero. Pero sólo mediante el *agua*, esto es posible, y de su circulación depende todo el crecimiento y despliegue foliáceo. Mediante dicho despliegue, la planta ofrece máxima superficie al *aire*, a fin de lograr con él una recia interacción. Finalmente, en la formación del polen, en la maduración del fruto, en el secar y la maduración de la semilla, obra ante todo, el *calor*.

He ahí cómo se incluyen los cuatro elementos en nuestro enfoque, en tanto que la ciencia de matiz materialista de los últimos siglos, ha perdido su comprensión. Lo que no significa que la Naturaleza y las plantas hayan dejado de sujetarse a ellos como energías rectoras.

* Extraído de ‘METAMORFOSIS – Clave para la comprensión del crecimiento vegetal y de la vida humana’, Trad. del holandés de Matilde Kersten Costerus. Ed. Antroposófica, México, 1978. (pp.7-12)

Esencia y apariencia de la planta: expansión y contracción

Si tratamos de abrirnos paso hacia el misterio del crecimiento de la planta, al reflexionar sobre él encontramos muy pronto un elemento *permanente* que recoge en una unidad superior, no tan sólo todo lo que integra *una* planta particular, sino asimismo, todos los ejemplares de la misma especie. Al lado de este elemento permanente, se nos manifiesta otro, sumamente variable. Precisamente es lo variable lo que ofrece mayor apoyo a nuestra observación como fenómeno a los órganos sensorios, en tanto que lo invariable permanece oculto a los sentidos.

Observemos ahora, una tras otra, la sucesión de generaciones de una sola planta: germina, se desarrolla, florece, forma el fruto y se marchita. Antes de marchitarse, ha madurado la semilla y ha caído al suelo para formar otra generación similar. La misma forma perceptible nace año tras año, desaparece, en perpetuo cambio.

Sólo es permanente e invariable, pues, la potencia de reconstruir la forma. A ese elemento permanente se dirige la atención de la teoría genética, si bien con un método muy defectuoso y de limitado alcance.

Encontramos, pues, en las sucesivas generaciones, por una parte, un elemento que actúa con gran consistencia y plasticidad, aunque oculto a los sentidos, y, por la otra, un elemento que se manifiesta exteriormente, de índole perecedera.

He aquí el contraste entre *Esencia* y *Apariencia*. Si nos fijamos en el desarrollo de alguna planta particular, encontramos en ella una constante sucesión de la tendencia hacia la manifestación, seguida de la de interiorización: es un principio biológico universal, muy aparente en la estructura de la gran mayoría de las plantas.

Si palpamos un tallo con hojas, encontramos un nudo, luego se deslizan los dedos a lo largo de un pedículo, siguen por la superficie de la hoja, hasta terminar al borde que da a la periferia. Si los dedos regresan al tallo por encima del primer nudo, encuentran otro nudo, otra hoja, etc., hasta alcanzar otra vez la periferia. Claro que existen muchas variaciones: hay segmentos de tallo que se oponen al adelgazamiento: son alados, esto es, ornados de anchas tiras hojáceas; en algunos, no podemos deslizar la mano, a causa de las espinas. En otro caso, faltan las hojas, pero estas alteraciones no modifican el principio.

Generalmente, la planta llama la atención más por las hojas que por el tallo, pero desde el punto de vista de la corriente generativa, es el tallo el que procura la expansión de determinada forma espacial, y es la semilla donde la planta muestra la máxima *contracción*.

Goethe menciona, además, otro ritmo de expansión : *contracción*, asimismo descrito en el poema. La primera expansión empieza con la germinación y culmina en el despliegue de las hojas; luego, se frena el crecimiento, y las siguientes hojas serán más pequeñas y más finas. La *contracción* más intensa tiene lugar en el capullo, al que sigue la extensión más brillante con el despliegue de la corola; después, otra *contracción* en los estambres finos y el pistilo. Finalmente, se observa una expansión en la turgencia y maduración del fruto, así como una *contracción*, la más poderosa en el grano de la semilla.

Este ritmo visible de crecimiento hállase entrelazado con otro ritmo, el invisible, que se desarrolla en sentido contrario, y que es el de mayor importancia para nuestro propósito. ...

Desarrollo por metamorfosis y acrecentamiento

Aunque la planta vive según los principios más simples, su morfología da raramente la impresión de ser monótona. Sin duda, siempre muestra constante expansión y contracción, pero a veces pareciera como si la planta deseara superarse, lo que advertimos en la transformación de hoja en hoja.

La hoja del tallo plenamente desarrollada resulta más elaborada, más finamente veteada que el cotiledón. El pétalo es de suma sutilidad y nobleza, superando así la hoja del tallo. No obstante, todo lo que sale del costado del tallo es, en esencia, lo mismo: siempre hoja.

A semejante cambio paulatino en la apariencia de un solo órgano, podemos llamarlo, como hizo Goethe, *metamorfosis*. Cuando la metamorfosis conduce a un desarrollo superior, comprobamos, además, un *acrecentamiento*.

Generalmente, los órganos inferiores de una planta no llaman la atención por sus colores o formas meticulosas; en general, hállanse henchidos de materia densa. En cambio, los órganos superiores, los propiamente florales, son de construcción sumamente delicada, si bien pobres en materia; su estructura parece insinuar que quiere revelarnos secretos. Una planta que llega a florecer, nos da la impresión de una persona que, por mucho tiempo, se mantuvo callada, cumpliendo su tarea, y, de pronto, empieza a hablar desde lo más profundo de su ser. ...

Las ideas como potencias creadoras

¿En qué consiste ese algo misterioso que, a ras del suelo, queda inadvertido en virtud de la preponderancia de la materia, pero que, al crecer y recibir más y más el sol, empieza a vencer la resistencia de la materia y nos habla en formas, colores y aromas? Goethe lo llamaba la *idea* de la planta, y puede llamarse también *esencia* que se halla activa, como energía que es, tras la *apariencia*. Si nosotros, calando hondo en nuestros estudios de la Naturaleza, nos vemos conducidos a la actividad de la idea, no es lo mismo que si, en la vida cotidiana, tenemos alguna ocurrencia y exclamamos: ¡tengo una idea! Aún en el caso del pensamiento serio y digno, no recibimos sino, a lo sumo, una *imagen* de las ideas verdaderas; pues ellas son más que meros pensamientos abstractos; son potencias capaces de actuar con impulso fogoso; en realidad, entidades que incesantemente crean formas nuevas. En último análisis, podemos reducir a la idea, toda la Naturaleza y toda obra humana; es la protoimagen de todo lo creado y por crear.

Las ideas no son sensibles; los órganos sensorios no pueden percibir las; sólo son accesibles al pensamiento; tampoco son espaciales, aunque pueden ejercer efectos en el espacio; no conocen inercia ni reposo, pero poseen un ímpetu originario e inagotable hacia el despliegue.

¿Cómo funcionan esas potencias, esas *ideas*? Ningún ejemplo más apropiado que el de la planta. Lo que de ella aprendamos, nos será, después, de gran utilidad para la exploración de inúmeros otros campos.⁺

Si observamos la planta como hemos expuesto aquí, tropezamos por doquiera con las huellas de la actividad de la idea. Si la idea ha de realizarse en el espacio, necesita interacción recíproca con la materia, porque es ésta la que llena el espacio. Precisamente por extenderse en él, la materia ocupa otro terreno que no es el de la idea. De ahí que la materia tienda a la amorfia, a la gravedad y la inercia; nunca de por sí puede crear nada nuevo, ni cambiar una situación existente; abandonada a sí misma, degenera y se pulveriza, perdiéndose en la anulación general de toda diferencia.

¿Qué es, pues, el contenido vital de una planta? La lucha entre la idea y la materia; la objetivación gradual de la idea en la materia; también la paulatina idealización de la materia. Mientras crece y florece la planta, la idea vence a la materia; cuando la planta envejece, la idea se desvigoriza, hasta extinguirse por completo al morir. Tras su muerte, sólo reina la materia.

⁺ Véase R. Steiner, 'Teosofía', El mundo espiritual.